



Lecturas

Biblioteca de aula navideña

1º

2º

3º

4º



Índice

Cuentos 1º



Cuentos 2º



Cuentos 3º



Cuentos 4º





Cuentos 1º



Nevadito sin nariz



Érase una vez un muñeco de nieve que se llamaba Nevadito. Un día al despertar se dio cuenta de que le faltaba su nariz. Empezó a buscar por el bosque y encontró un conejo que estaba oliendo una zanahoria. ¡Era la nariz de Nevadito! El conejo le dio su nariz y se hicieron amigos.



El arbolito de Navidad



Noa miraba el árbol anonadada. Siempre le habían gustado los abetos pero nunca se había parado tan cerca de uno. Estaba feliz porque finalmente su padre se había decidido a sembrar uno en el jardín. El árbol alargaba sus brazos como queriendo abrazar el mundo y Noa sentía que a su lado siempre podría estar a salvo, y estaba feliz porque crecerían juntos y serían amigos para siempre. Y en Navidad, Noa lo decoraba con adornos.



La comida de Emilio



Emilio era un camello inquieto y juguetón. Le encantaba la noche de reyes, iba de casa en casa a la velocidad de la luz. En cada casa había comida para el camello: galletas, leche, bizcocho...etc, pero Emilio nunca comía nada porque no le gustaba.

En una de las casas donde entró, sorprendentemente, encontró un plato de fruta al lado del árbol de Navidad, que habían cortado con cariño para él. Emilio se lo comió y se sintió muy feliz.

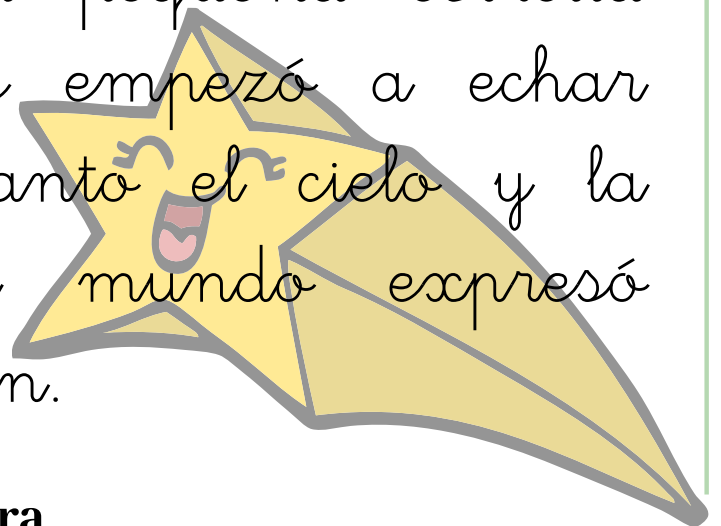


Estrellita



Érase una vez una pequeña estrella llamada Estrellita que vivía en el espacio. Estrellita estaba muy aburrida porque no habían estrellas de su edad y no tenía con quien jugar.

Un día su madre la vio tan triste que se le ocurrió una idea. Esa misma noche le contó: debes ir corriendo hasta la Tierra y cuando llegues allí tendrás que iluminar todas las ciudades del mundo en la noche de Nochebuena. Estrellita lo hizo, ¡y fue absolutamente maravilloso! En ese momento, la pequeña estrella estaba tan feliz que empezó a echar chispas e iluminó tanto el cielo y la Tierra que todo el mundo expresó suspiros de admiración.



Las hadas de Santa Claus



En una ciudad lejana vivían cuatro hermosas niñas con su mamá y su papá. A las niñas les encantaba la Navidad, sobre todo los regalos. Un día, una de las niñas le dijo al papá: -¿Santa Claus utiliza un polvo mágico de las hadas para que sus renos vuelen?

Y el papá le responde: Eso no es cierto. La mamá reprende al papá por la respuesta que había dado y dice a las niñas: -Claro que existen las hadas y con su ayuda Santa Claus lleva a todos los niños un hermoso regalo. Las niñas se despertaron al día siguiente y corrieron ilusionadas al árbol de Navidad y al ver que les habían dejado regalos, creyeron totalmente en la historia que les había contado su mamá y se pusieron muy felices.



Cuentos **2°**



El cascanueces



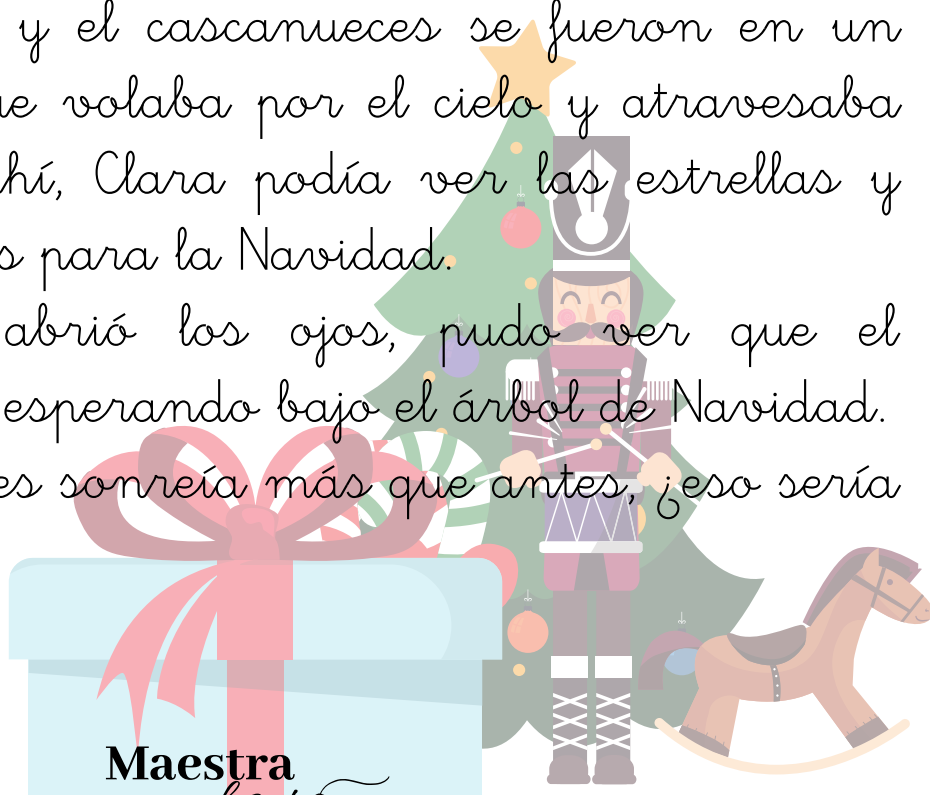
Era Navidad y la familia Johnson esperaba impaciente al mago Drosselmeyer, su tío favorito, un fabricante de juguetes que siempre llegaba con alguna novedad. Ese año traía un soldado bailarín, un tren de madera y un oso polar.

Clara quería una muñeca, pero era imposible. La niña comenzó a llorar y Drosselmeyer la sorprendió con un gran cascanueces de madera, mientras que su hermano recibió el oso polar.

Clara estaba tan cansada que se quedó dormida junto a su nuevo regalo.

De repente, en sus sueños, los juguetes cobraron vida: el cascanueces defendió a la niña del oso polar malvado. La niña y el cascanueces se fueron en un tren de madera que volaba por el cielo y atravesaba las nubes. Desde ahí, Clara podía ver las estrellas y pedir bonitos deseos para la Navidad.

Cuando la niña abrió los ojos, pudo ver que el cascanueces seguía esperando bajo el árbol de Navidad. Eso sí, el cascanueces sonreía más que antes, ¿eso sería posible?



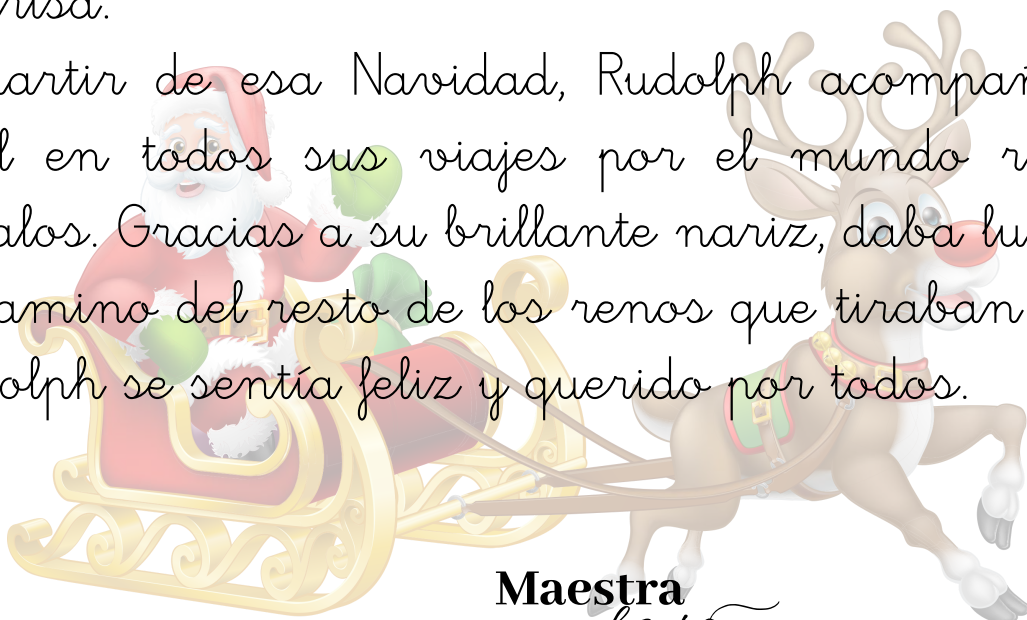
El reno Rudolph



Érase una vez un reno llamado Rudolph que, por haber nacido con una curiosa y peculiar nariz roja, estaba siempre solo. Los demás renos se burlaban de él por su brillante nariz. -Pareces un payaso, le decían. Estas bromas hacían que nuestro amigo Rudolph se pusiera muy triste.

Se acercaban las navidades y Papá Noel estaba muy preocupado porque las predicciones meteorológicas decían que el día de Navidad iba a hacer mucha niebla. -¿Cómo voy a viajar con mi trineo por el cielo, llevando los regalos a todos los niños y niñas del mundo, si no voy a poder ver nada con tanta niebla? Papá Noel estaba buscando la solución cuando, de repente, vio una luz roja a lo lejos. Corrió hacia allí y se encontró a Rudolph. -¡Lo tengo!, gritó con una gran sonrisa.

A partir de esa Navidad, Rudolph acompañó a Papá Noel en todos sus viajes por el mundo repartiendo regalos. Gracias a su brillante nariz, daba luz y guiaba el camino del resto de los renos que tiraban del trineo. Rudolph se sentía feliz y querido por todos.



El hombre de jengibre



Era Navidad y, como cada año, la abuelita se puso a hacer un hombre de jengibre. Formó la cabeza, el cuerpo, los brazos y las piernas y, cuando iba a meterlo en el horno, el hombre de jengibre saltó de la bandeja y escapó.

La anciana corrió, pero el hombre de jengibre fue más rápido que ella. En su huida, se cruzó con un pato que quería comerle, pero el hombre de jengibre se escabulló. Después se encontró con un cerdo y con un cordero, que también querían saborearlo. Huyó de todos ellos camino del río, donde estaba un zorro muy astuto que le dijo: -¡Soy tu amigo! Te ayudaré a cruzar el río.

El hombre de jengibre se echó encima de la cola sedosa del zorro y éste salió nadando por el río. El zorro le pidió que se echara sobre su espalda para que no se mojara. En ese momento, el animal echó la cabeza hacia atrás para comerselo pero justo llegó la abuelita y lo salvó.. La anciana y el hombre de jengibre regresaron a casa felices y el hombre fue horneado agradeciendo a la anciana que le había salvado la vida.



El mejor regalo de Navidad



Érase una vez, hace mucho tiempo, una isla en la que había un pueblecito. En ese pueblecito vivía una familia muy pobre. Cuando estaba próxima la Navidad, ellos no sabían como celebrarla sin dinero. Entonces el padre de la familia empezó a preguntarse cómo podía ganar dinero para pasar la noche de Navidad compartiendo un pavo al horno con su familia, disfrutando de la velada junto al fuego. Decidió que ganaría algo de dinero vendiendo árboles de Navidad. Así, al día siguiente se levantó muy temprano y se fue a la montaña a cortar algunos pinos. Subió a la montaña, cortó cinco pinos y los cargó en su carroza para venderlos en el mercado. Cuando sólo quedaban dos días para Navidad, todavía nadie le había comprado ninguno de los pinos. Finalmente, decidió que puesto que nadie le iba a comprar los abetos, se los regalaría a aquellas personas más pobres que su familia. La gente se mostró muy agradecida ante el regalo. La noche de Navidad, cuando regresó a su casa, el hombre recibió una gran sorpresa. Encima de la mesa había un pavo y al lado un arbolito pequeño. Su esposa le explicó que alguien muy bondadoso había dejado eso en su puerta.

El mejor regalo de Navidad



Aquella noche el hombre supo que ese regalo tenía que haber sido concedido por la buena obra que él había hecho regalando los abetos que cortó en la montaña.



El plan de Alonso



Por fin había llegado el 24 de diciembre. Era el día más frío del año y Papá Noel ya se estaba preparando para repartir los regalos. Todo el mundo estaba nervioso, trabajaba sin parar para tenerlo todo preparado para esa noche mágica. Sin embargo, a Papá Noel llevaban toda la mañana sin verle, hasta que de repente apareció con la cara muy blanca y muy serio. Pidió silencio a toda la sala y los elfos extrañados se callaron. Los elfos se pusieron a gritar a la vez: ¡No puede ser! ¿Qué pasará con los niños? Papá Noel les explicó que no se encontraba bien, que se había mareado y no podía montarse en el trineo. Los elfos no sabían qué hacer, ellos no se atrevían a montar en el trineo porque eran muy pequeños. Pero si no repartían los regalos iba a ser la Navidad más triste de la historia.

El elfo más joven del grupo, que se llamaba Alonso, tuvo una gran idea para solucionar el problema, tenían que trabajar todos en equipo y bien coordinados. El plan era ir en el trineo en distintas posiciones: cuatro con las riendas, tres en los pedales, dos en la parte alta para mirar y dirigir y otros tres ordenando los regalos.

El plan de Alonso



No se atrevían pero no había otra solución, lo importante era estar muy unidos.

Con mucho cuidado cargaron los regalos en el trineo y se colocaron cada uno en su posición. Con un poco de dificultad llegaron a la primera casa, bajaron por la primera chimenea y dejaron los regalos debajo del árbol, después lo demás fue coser y cantar. Por la mañana todos los niños tenían sus regalos debajo del árbol y los elfos fueron a devolver el trineo y los renos. Papá Noel se acercó a la fábrica y al ver que estaban todos los regalos repartidos se puso muy contento y comprendió que lo más importante de esa noche había sido el compañerismo”.



Cuentos 3º



Matías y el muñeco de nieve



Matías en esa Navidad se sentía más solo que nunca, no tenía hermanos, sus amigos vivían muy lejos y sus padres estaban demasiado ocupados con los preparativos de la festividad. Decidió entonces pasar el día retozando en la nieve que se apilaba en el jardín de su casa, sin sospechar que ésta daría vida a su nuevo mejor amigo. Comenzó casi sin darse cuenta a moldear dos bolas de nieve, que colocó una encima de otra como si de un cuerpo y una cabeza se tratase. Luego arrancó dos ramitas secas de un árbol cercano y las colocó en forma de brazos. El muñeco de nieve iba tomando forma pero aún no parecía real, así que Matías fue corriendo a su habitación y agarró una bufanda de colores, un gorro de lana, un par de botones para los ojos, un peine para la boca y una zanahoria para la nariz. Cuando iba colocando cada detalle iba creciendo el anhelo de Matías de tener un amigo para jugar, por lo que al terminar se sorprendió de ver que su muñeco de nieve había cobrado vida y le sonreía. Matías se sintió feliz y pensó que no podía haber recibido un mejor regalo esa Navidad. El niño comprendió que cuando algo se desea con suficiente fuerza, puede volverse realidad.

Matías y el muñeco de nieve



Emocionado comenzó a buscar un nombre para su muñeco que no dejaba de lanzarle bolas de nieve y corretear por el jardín. Después de unos minutos le dijo, – “te llamaré Copo de Nieve, ¿te gusta?”. El muñeco asintió con otra sonrisa y siguió jugando con Matías que nunca más se sentiría solo.

Así pasaron los días y Matías se divertía jugando con su nuevo amigo, al que también venían a ver sus compañeros del colegio y otros niños del vecindario. Todos reían sin parar de las ocurrencias de Copo de Nieve, que disfrutaba haciendo felices a aquellos niños. Cuando comenzó a despedirse la temporada invernal, los padres de Matías lo ayudaron a trasladarlo hasta un parque cercano que se encontraba en una zona que apenas se derretía en el verano. Allí esperaba el muñeco a que Matías y sus amigos lo visitaran, cosa que hacían de manera constante, sobre todo en la Navidad.



Una lección para Jaime



Jaime era un niño muy caprichoso. Siempre estaba pidiendo. Desde hacía semanas no paraba de pedir regalos y juguetes porque sabía que se acercaba la Navidad. Todo cuanto veía, quería que se lo trajera Papá Noel. Sus papás trataban de explicarle que en el saco rojo de Papá Noel, aunque era mágico, no cabría todo, porque también debía llevar juguetes para el resto de niños de todos los rincones del mundo. Pero, Jaime no quería entenderlo. Se tiraba al suelo y montaba una pataleta. Fue entonces cuando sus papás decidieron darle un escarmiento. Llegó el día de Navidad. Y con él los abuelos, los tíos y los primos para disfrutar de una gran comida y celebrar todos juntos el día. Pero Jaime apenas tuvo tiempo de saludarles y comer porque se pasó toda la mañana sentado al pie del árbol de Navidad abriendo sus regalos. Y es que, sus papás habían escrito una carta a Papá Noel pidiéndole que le trajeran a Jaime todo cuanto había pedido para que aprendiera una importante lección. Mientras sus primos jugaban entre ellos, reían, salían a la calle a hacer un muñeco de nieve y una guerra de bolas de nieve; Jaime no cesaba de desenvolver paquetes.

Una lección para Jaime



Al principio era divertido, pero con el paso de las horas ya no le hacía ilusión rasgar los papeles ni descubrir el juguete que había dentro. Jaime estaba triste y agotado. Tenía más juguetes que nunca, pero había sido el peor día de Navidad de su vida. De fondo podía oír brindar a su familia, cantar canciones populares y reírse mientras contaban anécdotas. Y él se lo estaba perdiendo todo. Y así, Jaime entendió que lo importante de la Navidad no son los juguetes, sino el poder disfrutar de la familia y los amigos. Comprendió que es más importante compartir nuestro tiempo con las personas que queremos que convertirse en el niño con más juguetes del mundo.



El milagro de la Navidad



La Navidad es una época llena de milagros y si no me crees escucha esta historia. Todo empezó con un profesor que decidió asignarles una tarea diferente a sus estudiantes en la víspera de Navidad. Al terminar la clase les dijo: – “Es tiempo de compartir nuestro corazón, así que lleven a tantos niños como puedan la alegría de esta Navidad”. Fue así como un grupo de muchachos se animaron a cumplir con la asignación del profesor y salieron a comprar algunos regalos, que envolvieron y colocaron dentro de un saco. En Nochebuena decidieron que el mejor lugar para repartirlos era el hospital más cercano, donde seguro habían niños anhelando recibir los regalos de Santa. Disfrazados de Santa Claus y cantando villancicos se aparecieron por sorpresa en el hospital, donde creían que a lo sumo encontrarían una docena de niños. Pero la realidad era que habían muchos más niños aquella noche internados, alrededor de una treintena. Los niños miraban expectante y con júbilo, esperando a ver qué sorpresas les traían estos Santos.

El milagro de la Navidad



Los muchachos quedaron desconcertados, sabían que los juguetes que habían comprado no eran suficientes para tantos niños, pero tampoco podían romper sus corazones. Finalmente intentando no decepcionarlos, comenzaron a repartir los juguetes que traían a los más pequeñines, y acordaron que cuando se terminaran le explicarían lo sucedido a los más grandes.

Pero cuál fue la sorpresa al notar que cada vez que buscaban dentro del saco un regalo más, lo encontraban. Cada niño recibió su juguete y los muchachos apenas podían creer lo que había sucedido aquella noche. Sin poderle dar otra explicación a aquel problema que matemáticamente no tenía solución, decidieron pensar que se trataba de un milagro de la Navidad.



La brújula de Santa Claus



Esta historia comienza un 24 de diciembre en el Polo Norte.

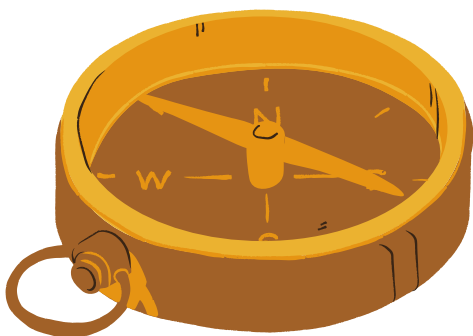
Los elfos empaquetaban los últimos regalos. Papá Noel estaba subido en el trineo tirado por sus seis renos y Rodolfo, el reno de la nariz roja. Cuando comprobó que todo estaba listo cogió las riendas del trineo y les dijo a los renos: ¡Levantad el vuelo, esta noche llevaremos regalos e ilusión a todas las casas del mundo! Se cruzaron con estrellas fugaces, auroras boreales... Cuando iba a comprobar la brújula se dio cuenta de que estaba estropeada: ¡No puede ser era la única brújula que me quedaba! Rodolfo se acercó a Papá Noel y le dijo: -Tranquilo, llegaremos bien, con mi nariz roja se podrá ver en la oscuridad. Y siguieron su camino. A Rodolfo le costaba situarse en medio del cielo. Pero su ilusión esa noche era tan grande que dirigió el trineo perfectamente. Empezaron en una casa muy pequeña y con muchos niños, entró por la chimenea y miró alrededor. El salón era frío y casi no tenían muebles, pero en un rincón había un pequeño árbol, casi sin adornos. Papá Noel dio una palmada y dijo: ¡Ha quedado un salón perfecto! Ahora tenía muebles preciosos y un gran árbol con adornos y bombillas.

La brújula de Santa Claus



Dejó los regalos en el árbol y salió sin hacer ruido y continuó repartiendo por todas las casas de la ciudad. Entró por chimeneas grandes, pequeñas, altas, bajas... ¡Uf! ¡Qué noche! – dijo Papá Noel. Estoy cansadísimo pero aún así he dado los regalos a los niños.

Miró a sus renos y les dio las gracias. Rodolfo guíanos de vuelta a casa, dijo Papá Noel. Llegaron muy rápido. En la puerta le estaban esperando todos con un pequeño regalo, lo abrió y se rió: ¡Ja, ja, ja! Gracias por esta brújula tan bonita, pero tengo la mejor: ¡Rodolfo! Le llamó con gran voz, el reno se acercó y le dio con el hocico en la barriga. Los dos sabían que esa noche les haría amigos inseparables.



El mejor regalo de Santa



Este era un niño que vivía muy feliz y cada año recibía los mejores regalos de Santa. Sin embargo tenía un amigo que nunca tenía una sonrisa en su cara, siempre andaba callado y pensativo. En una ocasión le preguntó qué juguetes le había traído Santa en Navidad, pensando que así se animaría, y cuando vio la tristeza en su rostro supo la respuesta: – “¿Cómo podría ser?”, – se preguntó el niño que no entendía por qué Santa se había olvidado de su amigo. Así fue como al año siguiente se propuso esperar a Santa y preguntarle si no tenía suficientes regalos para todos los niños. Puntual con las campanadas de las doce, el niño sintió los cascos de los renos patear sobre el tejado de su habitación. Se lanzó a correr y justo a tiempo para encontrar a Santa saliendo de entre cenizas y troncos.

El niño que estaba fuertemente decidido a confrontar a Santa le preguntó. – “Santa, ¿acaso no tienes suficientes regalos en tu saco para todos los niños? Mi amigo el año pasado no recibió nada, así que este año yo le cedo mis juguetes”.

El mejor regalo de Santa



El viejecillo miró consternado al niño y le dijo:

-Querido eres un niño muy dulce y bueno, es por eso que cada Nochebuena esta es una de las primeras chimeneas que visito.

Lo cierto es que mi saco es mágico, dentro de él guardo millones de juguetes para todos los niños del mundo. Pero a pesar de que visitó a cada niño y niña, no siempre puedo dejarles juguetes. En algunos hogares encuentro sufrimiento y tristeza, por lo que mis juguetes no son suficientes para cambiar eso. Viendo que el niño seguía esperando el resto de la explicación, Santa continuó diciendo. A esos niños que no son felices les doy el mejor regalo que tengo para dar. En mi saco también cargó amor, oraciones y esperanza, por lo que rezó junto a sus camas para que reciban el próximo año la alegría del espíritu de la Navidad. El niño comprendió entonces que Santa repartía diferentes tipos de regalos y decidió que él también podía ayudar a su amigo, por lo que exclamó. Pues yo también voy a ayudar a mi amigo compartiendo mi alegría y amistad con él. A lo que Santa le contestó con una sonrisa tierna y desapareció.





Cuentos

4º



Estrellas en Navidad



La maestra Mary trabajaba en la escuela de su localidad en una ciudad de Centro América. Los niños le tenían mucho cariño y respeto por su amabilidad y gran interés por ellos. No era una maestra cualquiera pues era incansable y atenta a cada uno de los niños. La maestra iba a dar clases en el aula pero se dio cuenta que Toño, uno de sus mas brillantes e inquietos niños, estaba recostado sobre su carpeta. Sorprendida se acerco al pequeño, acarició suavemente sus cabellos y se quedó observándolo atentamente mientras se inclinaba sin decir palabra para verlo mejor.

Toño despertó, y al ver a su maestra sonrió y la abrazó fuertemente, la maestra Mary por alguna razón que en ese momento no entendió quedo profundamente conmovida por ese abrazo que pareció indicarle luego, que el niño necesitaba mucho afecto y a la vez daba mucho amor. Ella lo cogió de la mano y le dijo: - Toño, ¿quieres sentarte en mi escritorio? Tengo una manzana muy grande y un dulce para tí, puedes hacer allí la tarea si quieres: -Siiii quiero maestra, dijo muy entusiasta Toño, abrió tanto los ojitos que parece que se le quitó el sueño y se levantó de un salto. A la hora del recreo, el niño le contó a su maestra que se sentía muy cansado porque saliendo de la escuela tenía que vender golosinas, su mamá estaba muy enferma y su papá tuvo que irse muy lejos a trabajar para ellos. Su abuela apenas caminaba, aunque con el dinero que Toño ganaba por las tardes compraba algunas cosas de comer y ella le cocinaba. A veces demoraban en pagarle a papá y ellos tenían que comer todos los días. Es por eso que el niño se quedaba dormido, olvidaba desayunar o simplemente se sentía agotado por la jornada de trabajo a su corta edad.

Estrellas en Navidad



-¿Alguien te dijo que trabajarías Toño? preguntó la maestra.

-No maestra, nadie sabe que lo hago, solo mi abuela. Ella me guarda el secreto, es necesario que ayude y a mí me gusta hacerlo. Dijo el niño bostezando y sonriendo a la vez.

-Eh Toño, falta poco para Navidad y creo que tendrás una gran sorpresa por ser un niño tan noble y bueno. Abrazando al niño, le dio un beso y lo acompañó a su casa a la salida del colegio. Días antes de la Navidad la escuela premió al niño, le regalaron una bicicleta, una beca de estudios para el próximo año y recibió regalos de sus compañeros de aula que estaban felices de ser sus amigos. En Navidad, en casa de Toño tuvieron un árbol muy grande, lleno de luces de muchos colores y adornos muy bonitos, y el niño dijo: -Esta Navidad jamás la olvidaré, las luces parecen estrellas en mi árbol y la más grande se parece a mi maestra.



Belsnickel, el amigo de Santa Claus



Como bien sabes, la tarea más importante de Santa Claus es repartir regalos a los pequeños de todo el mundo, para asegurarse de que sean felices en Navidad. Sin embargo, cada vez había más niños, y desde el Polo Norte, él se dio cuenta de que no podía hacerse cargo de todos. Así que decidió contratar a algunos ayudantes para que le ayudaran a repartir sus obsequios, en diferentes países. Hadas, duendes y otros seres mágicos, incluso algunos animales se presentaron como voluntarios para ayudarlo. Un día, Santa Claus viajó hasta Alemania para buscar a un nuevo ayudante. Había escuchado hablar acerca de un bondadoso anciano llamado Belsnickel, que vivía en lo alto de las montañas. Era un hombre alto, callado y de larga barba blanca, que de vez en cuando bajaba al pueblo a comprar provisiones. Los niños le tenían miedo puesto que no lo conocían. Belsnickel sin embargo, adoraba a los chiquillos.

Por desgracia, él nunca había podido tener hijos, así que cada invierno, en secreto, compraba varios juguetes y por las noches los dejaba en las puertas de sus casas, disfrutando al escuchar sus risas desde la montaña. Santa Claus se presentó en su cabaña y se sorprendió al darse cuenta de lo similares que eran. Belsnickel, igual de asombrado, lo invitó a pasar y le sirvió una taza de chocolate.—Estoy buscando ayudantes alrededor del mundo, que me ayuden a repartir regalos entre los niños —le informó Santa—, sé muy bien cuánto amas darles alegría en esta época y por eso creo que tú puedes ser perfecto para el trabajo. Tú te encargarás de representarme ante los chicos que viven en el pueblo y los alrededores.

Belsnickel, el amigo de Santa Claus



—Pero Santa, yo soy sólo un pobre viejo, no soy nada comparado contigo —le dijo Belsnickel con tristeza—, ni siquiera puedo mostrarme ante los niños porque les doy temor. ¿Por qué crees que siempre les dejas tus regalos a escondidas?—Ellos te amarán una vez que comiences a hacerlo tú mismo —le aconsejó Santa—, yo también soy viejo pero me siento joven de corazón. Y cada vez que salgo de casa para repartir mis obsequios, los niños me agradecen y yo siento su amor incondicional. ¿No quisieras lo mismo para tí? El anciano ermitaño se quedó pensando y finalmente, aceptó representar a Santa Claus.—No te preocupes por bajar al pueblo, ahora todos los años recibirás los juguetes que quieren los niños y que hago en mi fábrica. Desde aquella Navidad, Belsnickel no volvió a ver nunca más a Santa Claus pero sabía bien que pensaba en él desde el Polo Norte. Y cada año, el 24 de Diciembre, se ponía muy contento al ver el enorme trineo cargado de regalos que esperaba en su puerta, listo para ir a visitar a los niños. Belsnickel se hizo muy popular en el pueblo y pronto todos dejaron de temerle. Los más pequeños siempre se alegraban con su presencia y hasta hoy, su leyenda continúa siendo una de las más hermosas de Alemania.



Jack Frost



Había una vez, en un bosque muy escondido, un grupo de animalitos que se encontraron con un bebé en medio de la nieve. Sorprendidos y muy conmovidos al verlo tan solo, decidieron colocarlo en una madriguera para que no tuviera frío. Ahí, le llevaban bayas y leche para alimentarlo, y le enseñaron a reconocer todos los lenguajes de las criaturas que vivían allí. Aquel niño se convirtió en un chiquillo muy travieso al que le encantaba el invierno. Las arañas se habían encargado de tejerle un traje de seda, musgo y hojas, para que pudiera jugar entre la nieve sin sentir frío. Los zorros por su parte, le enseñaron a recolectar frutos secos para alimentarse.

Con el tiempo, el sabio búho también le enseñó a fabricar todo tipo de pociones y a practicar magia, pues es bien sabido que estos animales conocen todo tipo de secretos.

Al enterarse de esto, los malvados goblins decidieron secuestrarlo para que les mostrara su magia, sin sospechar que el pequeño era más astuto que ellos. Les dijo que lo llevaran hasta un enorme lago congelado, en el que podrían ver el reflejo del sol y apropiarse de todos sus poderes. Los duendecillos lo condujeron hasta la laguna, que resplandecía como una gema helada ante los rayos solares. Allí, el chico quiso engañarlos para que caminaran sobre el hielo, sabiendo que este se rompería bajo su peso y ellos se perderían en las aguas. Pero en el último momento, al darse cuenta de la trampa, uno de ellos lo tomó por el pie y se lo llevó consigo, ahogándose todos en las profundidades. Los animales se dieron cuenta de esta y sacaron a su pequeño del lago, pero era demasiado tarde. Su piel estaba completamente azul y la escarcha se había pegado a sus cabellos, sumiéndolo en un sueño interminable.

Jack Frost



Muy tristes, acudieron al viejo búho, para ver si él podía despertarlo.

—Su cuerpo no podrá soportar tanto frío, así no podrá despertar jamás —dijo él—, pero no se preocupen, porque sé bien lo que hay que hacer. Mandó a que los animalitos construyeran un muñeco de nieve y así, usando una de sus pócimas, hizo que el niño despertara en aquel nuevo cuerpo, tan blanco como el invierno. Las criaturas del bosque lo llamaron Jack Frost y a partir de entonces, solo esperaban con emoción los últimos meses del año para verlo aparecer. Cada vez que las nevadas se hacían intensas, notaban una silueta redonda y familiar deslizándose por las praderas. Jack Frost se acercaba de vez en cuando al pueblo y soplabla sobre los cristales de las ventanas, formando hermosos copos de nieve que a los niños encantaban. También formaba estalactitas de hielo en los techos de los hogares y hacía a los más pequeños reír con sus ocurrencias.

Desde entonces, cada vez que hace frío y las navidades se acercan, se habla de él como de Santa Claus o los Reyes Magos. Si tienes suerte, tú también podrías verlo en invierno.



El niño que salvó la Navidad



Había una vez un niño llamado Alejandro al que no le gustaba madrugar. Todas las mañanas, su mamá le regañaba porque llegaba tarde al colegio. Creía que la escuela no le serviría para nada, pero estaba totalmente equivocado. Todos los días aprendía algo nuevo, pero él no se daba cuenta. Poco a poco iba adquiriendo conocimientos sin ni siquiera estudiar.

Al cabo de unos años de sólo ir al colegio y sin estudiar nada, ya conocía el abecedario, sumar, restar, dividir y multiplicar, los continentes y los mares, y otras muchas cosas que ni él sabía que conocía y que había aprendido sólo con ir a clase y atender un poco.

Un día, la profesora les dijo que le iba a poner un examen sorpresa. Alejandro se sorprendió muchísimo. Él no había estudiado nunca, seguro que no aprobaría ese examen, y con mucha desesperación, comenzó a llorar. La profesora le preguntó por qué lloraba, y él le contestó que nunca había estudiado, y que seguro que suspendería ese examen.

Ella le dijo que no llorase, que el examen era muy fácil y que si había ido todos los días a clase, y había prestado un poco de atención, seguro que aprobaría ese examen. Cuál fue su sorpresa cuando comenzó a leer el examen y se sabía todas las respuestas a las preguntas. No tenía ninguna duda. Era genial.

Cuando terminó el examen, se lo entregó corriendo a la profesora con una gran sonrisa. Ella lo corrigió en unos minutos y, levantando la cabeza con una gran sonrisa, se lo devolvió a Alejandro dándole la enhorabuena. Alejandro cogió el examen, gritó y se fue corriendo a casa para enseñar a su mamá lo que había hecho.

El niño que salvó la Navidad



Su mamá se alegró mucho cuando se lo enseñó y los dos lo pusieron con un imán en la nevera para que, cada vez que desayunase, fuese al colegio recordando ese examen, y fuese más contento a estudiar.

Un día, recibió una carta de su primo Evaristo. Evaristo era un duende de los que trabajan para Papá Noel. Estaba muy preocupado porque la mayoría de los duendes que trabajaban para Papá Noel, envolviendo los regalos, habían caído enfermos, quedaban muy pocos meses para Navidad y no les daría tiempo a terminar el trabajo, y seguramente habría niños que no tendrían su regalo esa noche y dejaría de creer en la magia de la Navidad. Alejandro no sabía cómo ayudarlo. De repente pensó: “si no estudias y con solo asistir a clase aprendes un montón de cosas, si estudiase un poco....Podría fabricar una máquina para envolver regalos, y así ayudar a mi primo Evaristo y a Papá Noel a que la magia de la Navidad siga adelante”.

A la mañana siguiente, la mamá de Alejandro fue a despertarle como todos los días y, cuál fue su sorpresa: ¡Alejandro no estaba en la cama! Bajó rápidamente para ver si estaba desayunando, y tampoco estaba allí. Preocupada, cogió su coche y se fue a buscarlo. Primero lo buscó por el barrio, y ninguna señal, después se recorrió toda la ciudad, y no se le veía por ninguna parte. Como último recurso le quedaba el colegio pero, ¿iba a estar Alejandro en el colegio? No podía ser. Las puertas del colegio estaban cerradas. De repente, el conserje del colegio se acercó a la mamá de Alejandro. –Si estás buscando a Alejandro, te tengo que decir que lleva dos horas en la biblioteca. No me lo podía creer pero así es.- le dijo el portero. - ¿En la biblioteca? Debe estar enfermo.

El niño que salvó la Navidad



La mamá de Alejandro pasó al colegio camino de la Biblioteca, abrió la puerta y allí estaba Alejandro, con una inmensa torre de libros y sin parar de tomar anotaciones. - Pero, cariño, ¿qué haces aquí?, Preguntó la mamá de Alejandro. - Mamá, el primo Evaristo me ha escrito y me ha dicho que tenían un problema con los regalos de Papá Noel, y necesito fabricar una máquina que les ayude a envolver los regalos, porque todos los duendecillos están enfermos, y si no lo hacen, la noche de Navidad habrá niños que se queden sin regalo. Sé que lo puedo hacer. Nos veremos en casa. Y allí se quedó Alejandro sin parar de estudiar para poder ayudar a su primo.

A la mañana siguiente, su mamá fue a despertarle. “Seguramente ya se habrá cansado de estudiar”, pensó su madre. Pero Alejandro ya se había levantado otra vez, y así fue mañana tras mañana durante un mes.

Pasado ese tiempo, Alejandro habló con su madre y le dijo que tenía que irse al Polo Norte. Tenía la solución al problema de Papá Noel, y tenía que fabricar esa máquina, para que todo estuviese a punto para Navidad.

Cuando Alejandro llegó al Polo Norte, se encontró a Papa Noel llorando y abrazado a su Primo Evaristo. - Oh primo, esto es un desastre- dijo Evaristo- no llegaremos a tiempo para Navidad. - No te preocupes primo. He conseguido hacer una máquina para envolver los regalos que trabajara día y noche, y todo estará a punto para esa noche, y ningún niño se quedará sin juguete. Papa Noel abrió los ojos y, con una sonrisa, avisó a los pocos duendecillos que quedaban sanos y, junto a Evaristo y a Alejandro, comenzaron a fabricar la máquina de envolver regalos.

El niño que salvó la Navidad



Al cabo de unos días, la máquina ya estaba preparada para comenzar a trabajar. - Hay que probarla ya – propuso Evaristo. Adelante –dijo Papá Noel. Evaristo puso el primer regalo encima de la cinta transportadora, y Alejandro fue el encargado de bajar la palanca de arranque. Todos dijeron la cuenta atrás “5, 4, 3, 2, 1 Adelante”.

De repente, la máquina comenzó a vibrar, una mano-pinza cogió el regalo y lo introdujo dentro de la máquina, donde se escuchaban muchos ruidos, y en unos segundos, el regalo salió perfectamente envuelto, con un gran lazo y una tarjeta en la que estaba escrito el nombre y dirección de un niño. Todos gritaron y saltaron, incluido Papá Noel. Los duendecillos se encargaban de separar los regalos por países y ciudades, y la máquina envolvía regalos día y noche, sin descansar.

Cuando llegó la noche de Navidad, Papá Noel tenía todos los regalos envueltos y preparados para entregar a cada niño. Fue en el instante que vio su árbol lleno de regalos cuando se dio cuenta de la importancia que tenía estudiar un poco, y vio todo lo que había hecho sólo por haber dedicados unos días a estudiar.



¡Santa me ha robado!



Marcianoto llegó volando en su nave espacial. Estaba emocionado porque por fin había obtenido permiso para visitar la Tierra de nuevo. Ya había estado antes, pero la última vez montó un lío tremendo: se había transformado en un tipo llamado Albert Einstein y en unos pocos días reveló muchos secretos de los extraterrestres. Por eso llevaba años castigado sin volver.

Esta vez tendría mucho más cuidado. Para no transformarse en nadie conocido decidió aterrizar en el lugar más apartado del planeta. Era un lugar frío y blanco en el que solo había una casa, y dentro pudo ver a un anciano solitario.

- Me transformaré en este anciano. Este sí es imposible que sea famoso. Además, me encanta su traje rojo, su gran barba blanca, y ese saco enorme que tiene a su lado. Me servirá para guardar algunas cosas.

Pero en cuanto llegó a la ciudad un gran grupo de niños se abalanzó sobre él.

- ¡Quiero mi coche!
- ¡A mí dame una muñeca!
- ¡Yo quiero una consola!

Marcianoto estaba rodeado y asustado. No sabía qué estaba ocurriendo, y solo se le ocurrió ir sacando lo que llevaba en el saco para dárselo a los niños, que se marchaban felices. Pero la fila de niños era tan larga que pronto se quedó sin nada que darles, y tuvo que salir corriendo y esconderse.

Solo cuando se hizo de noche pudo salir. Estaba aterrado. No sabía cómo, pero estaba claro que había vuelto a elegir mal en quién se transformaba. ¡Otra vez!

¡Santa me ha robado!



- No me extraña que ese viejo viviera solo y escondido. Debe ser un famoso sinvergüenza ¡Le debe cosas a todo el mundo!

Así que volvió a la casa del anciano. Espió desde la ventana y descubrió una enorme montaña de juguetes.

- ¡Ahí es donde tiene las cosas que quita a los niños este viejo malvado!
-pensó.

Y esperó a que se hiciera de noche y el anciano se fuera a dormir para entrar sin ser visto y llevarse los juguetes ¡Qué suerte! El viejo ponía etiquetas con los nombres, y hasta tenía una lista de nombres y direcciones.

- Por fin voy a poder hacer algo bueno en la Tierra. Llevaré cada uno de estos juguetes a su dueño.

Aunque eran muchos niños, su nave tenía supervelocidad y podía empequeñecerse. Por eso consiguió devolver todos los regalos antes de que fuera de día. Cuando terminó y se dispuso a dormir en su nave, se sentía contentísimo de haber hecho justicia.

- Menuda sorpresa se va llevar ese viejo ladrón...

Pero la sorpresa se la llevó Marcianoto cuando despertó. El viejo volvía a tener una montaña de juguetes en su casa.

- Ah, este ladrón es astuto, malvado y muy rápido. No sé cómo habrá recuperado todos los juguetes en un día, pero da igual: esta noche volveré a dejárselos a sus dueños.

Y pasó la noche repartiendo juguetes. Pero al día siguiente pasó lo mismo, y al otro lo mismo y así durante muchos días más. Marcianoto estaba extrañadísimo: ¿Cómo podía aquel viejo gordinflón robar tan rápido?

¡Santa me ha robado!



- Ya sé - pensó - debe tener cómplices en la ciudad que le ayudan. Iré allí disfrazado para descubrir qué pasa. Buscaré a quienes tengan peor cara; seguro que esos serán sus malvados compinches.

Pero en la ciudad todo el mundo estaba feliz. Y es que todas aquellas noches Marcianoto había estado haciendo de Santa Claus con su nave, repartiendo regalos. Y cada mañana los niños se despertaban con un nuevo juguete.

- ¿De verdad que nadie os roba los juguetes? - preguntó a varios niños.

- ¡Claro que no! Estos nos los trae Santa Claus.

- ¿Santa Claus? ¿Y es quién es?

-¿Pero quién eres tú que no sabes quién es Santa Claus? ¿Un marciano? ja, ja, ja- le respondieron. Y entonces le explicaron que Santa Claus era un señor mayor con una gran barba blanca y un traje rojo, y que dejaba regalos a los niños la noche de Navidad.

Marcianoto se moría de vergüenza. No solo había tomado a Santa Claus por un malvado delincuente, sino que encima ¡le había estado robando los juguetes! Volvió volando a la casa del anciano a disculparse, pero lo encontró muy enfermo. Santa Claus utilizaba su magia para volver a crear los juguetes, y al haberlo hecho tantos días seguidos se había quedado tan débil que ya no podía moverse.

¿Qué podría hacer? ¡Aquella misma noche era Navidad y Santa Claus no iba a repartir regalos! Marcianoto pensó rápido: hizo un vídeo de Santa Claus enfermo y usando la antena de su nave lo envió a todas las televisiones del mundo con un mensaje: había que devolver todos los regalos de aquellos días para que Santa Claus pudiera recuperar su magia y ponerse bueno.

¡Santa me ha robado!

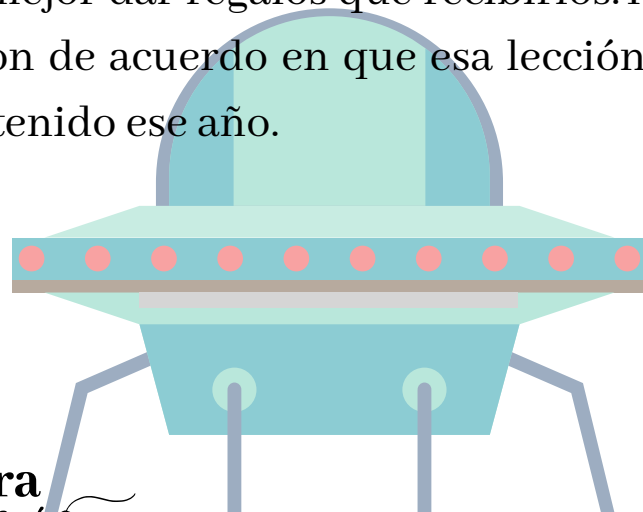


Siempre pensamos que va a pasar algo que lo arregle todo. Y eso esperaba el pobre Marcianoto. Pero aquella vez nadie pudo arreglar nada: nadie se creyó el mensaje y Santa Claus no pudo entregar sus regalos. Marcianoto pasó el día cuidando de Santa Claus. Anocheció cuando llamaron a la puerta. Era una niña que traía todos sus regalos.- Me dan igual los regalos - dijo con una lagrimita-. Lo que quiero es que Santa Claus se ponga bueno.

-Yo también - dijo otro niño que venía a la cabeza de un grupo.

- Y yo... y yo... Poco a poco fueron apareciendo niños y más niños, todos dispuestos a devolver hasta el último de sus regalos. La fila era interminable. Llegaban de todas partes y, según cruzaban la puerta, sus regalos desaparecían y Santa Claus se ponía un poco mejor. Cuando el último niño dejó sus juguetes, Santa Claus se pudo levantar y todos aplaudieron llenos de alegría. Parecía que nunca habían estado tan contentos. Sin embargo, Marcianoto se sentía fatal.- Lo siento muchísimo - dijo-.

Al final por mi culpa todo el mundo se ha quedado sin regalos...Se hizo un gran silencio y todos miraron al extraterrestre.- ¡Qué va! -dijo finalmente una niña- Yo nunca había estado tan contenta en navidad. He podido curar a Santa Claus y ser yo la que le llevaba los regalos. Y ahora estoy segura de que es mucho mejor dar regalos que recibirlos.Y entre risas y aplausos todos estuvieron de acuerdo en que esa lección era el mejor regalo que podían haber tenido ese año.



Registro de lecturas

Alumno/a	Lectura	Fecha	Opinión
			